

decía (la mujer, aun siendo muy joven, guarda con discreción ó desconfianza sus sentimientos íntimos, sobre todo los más profundos) era la impresión que dejaron en su alma infantil las visitas de los jueves á la quinta, cuyas frondosas arboledas y el lujoso verde del césped llenaban de encanto á sus ojos, tanto como los cortinajes entrevistados en el piso bajo á través de las ventanas.

¿De dónde la venía á la infeliz ese gusto, ese instinto precoz de riqueza y de aristocracia? ¿Por qué ninguno de los espectáculos que ante ella ostentaba el camino le interesaba tanto como los coches blasonados y brillantes que iban á la estación tirados por cuatro caballos y guiados por cocheros y lacayos de peluca? ¿Debía creerse lo que pensaban las religiosas, que Lidia había nacido en algún palacio de las cercanías y que no tardaría en descubrirse el secreto de la vida, una hermosa y aristocrática novela? Por lo menos las bondadosas hermanas explicaban de este modo el sí radioso con que la joven novicia acogió la proposición de Ricardo en vísperas de tomar el velo, renunciando de pronto, por la peligrosa agitación del mundo á la toca blanca de las servidoras de Dios que tan bien debía sentar á su claro mirar y á su frente pura.

El casamiento se celebró en la capilla del con-

vento, un sábado, según es costumbre en el campo. Pero el camino de Corbeil no había visto, de memoria de Robín, boda semejante. Todos los antiguos clientes de la notaría Fénigan, desde el arrendatario de las Pastoradas hasta el propietario de Granburgo asistieron á ella, tributando este homenaje póstumo á un tipo que se ha hecho raro, el de notario de campo honrado. Delante de la hilera de coches que precedía al de la desposada, abríase el camino, igual, ancho, bajo un hermoso sol de Junio; en la vuelta de Soisy, antes de llegar al hospicio donde el obispo esperaba á los jóvenes, la carretera subía y subía, perdiéndose en el cielo, un cielo de interminable seda azul, sin un pliegue, sin una nube.

« De esta haré yo lo que quiera... » se había dicho la suegra; y así se explicaba como admitió en su casa aquella niña sin dote, sin familia, aquella bobalicona de manos largas, siempre colgantes. La que el Sr. Fénigan llamó durante su vida « el buen tirano » era el tipo de mujer absolutamente contrario. Activa, enérgica, sacudiendo en el movimiento de su traje un manojo de llaves tan numerosas como las cerraduras de la quinta, á los cincuenta y cinco años, en el momento del matrimonio de su hijo, la Sra. de Fénigan no representaba más de cuarenta. Sus

cabellos negros siempre descubiertos, rebeldes á todo peinado, parecían tan jóvenes como sus ojos del mismo color, ojos pequeños vivos y buenos, pero de una bondad fría, faltos de calor y de ternura. Para que diera un beso á su hijo, no obstante adorarle, se necesitaban circunstancias extraordinarias. « En la familia, decía con frecuencia, no nos gustan las zalamerías. » Además, había en ella deseo de autoridad, la costumbre de hacer su gusto por causa de su larga viudez y, en la franqueza de este despotismo, desde el primer momento se condujo torpemente con su nuera.

Empezó por oponerse al viaje de novios. Ricardo no lo deseaba, pues lo que quería era estar con su mujer, verla á toda hora. Su excesiva timidez se asustaba también ante la idea de andar en fondas, con las comidas, la obligación de hablar á personas desconocidas, en sitios donde nunca había estado. Por el contrario, para Lidia el viaje representaba el ideal de la dicha lícita, puesto que en la existencia sedentaria del convento nunca había deseado otra cosa, ver tierras, irse lejos, muy lejos, mucho más que la colina de enfrente y bajar una cuesta y después otra, hasta perderse de vista.

— Debo esto á haber mirado tanto el camino, decía á Ricardo durante sus entrevistas de novios;

y le confesaba que su tentación llegaba al punto de que envidiaba las carretas-casas más miserables de los saltimbanquis, sus comidas nocturnas á orillas del camino, sus paradas del mediodía á la sombra de los olmos cubiertos de polvo. Arrebatado al verla encendida de entusiasmo, le prometía « viajaremos, Lidia », ¿ qué no hubiera ofrecido en aquel minuto? Ahora no decía nada, pareciendo hallar completamente naturales las repetidas objeciones de su madre... ¿ Acaso era ya moda dar viajes de novios? Nada más peligroso: cuántas infelices jóvenes habían pagado con la vida esta estúpida tradición. « Y si supiera V. querida niña, qué prueba para una recién casada, para su pudor y delicadeza... créame, déjese de esa idea. » Lidia no insistía, pero su comprimido deseo se convirtió en duradero resentimiento. Agradecida hasta entonces á su suegra, de pronto se sintió prisionera en aquella casa y no pensó más que en evadirse; cuanto á su marido, que se encontraba enteramente dispuesta á amar, viéndole siempre con la cabeza baja, evitando las miradas, tan flojo, tan niño detrás de su poblada barba, acabó por despreciarle y se acostumbró á no confiar en él.

Los jóvenes comían en el alojamiento de la Señora, como llamaban á la madre, aunque tenían sus habitaciones propias en el antiguo pabellón.

La suegra se sentaba en la extremidad de la mesa, y servía á la antigua usanza, distribuyendo el té, el café, el azúcar, los licores. Terminado el almuerzo, los jóvenes desaparecían. Al principio la Sra. de Fénigan trató de retener á su nuera, para iniciarla en las obligaciones de una mujer de su casa, tan complicadas en el campo, donde reina por todas partes el robo, en el jardín, en la cocina, en el corral, envolviendo la propiedad entera en una red de trampa y de mentira. Pero Lidia se aburría de tal modo al oír el relato de las aventuras domésticas, la espalda de Ricardo se encorbaba tan harto de aquello al parecer, que la madre los despedía resignándose á contar sola sus peras, á recoger la fruta caída, á acechar el paso de los cestos traidores y los extragos de los lirones, de los terribles lirones, menos pillos sin embargo que el jardinero que los acusaba. Y, á la vez que iba y venía, pensaba en cuanto se había equivocado sobre la larguirucha é indolente criatura que esperaba dirigir á su antojo. Bajo su metamorfosis aparente, Lidia seguía siendo la endiablada bohemia de otro tiempo, un alma de desorden y de independencia. Acompañar á su marido en la caza y en la pesca, ayudarle á fabricar sus cartuchos, le interesaba mucho más que la costura y el bordado.

— Sin embargo, le decía su suegra, es preciso que aprenda V. á dirigir su casa.

— ¡ Y para qué si no la tengo y que aquí se encarga V. de todo ?

— Pero yo no seré eterna.

Esta discusión, frecuente entre ambas, ocurría sobre todo en el coche que las llevaba á Corbeil una vez por semana, y hacía más fastidiosa todavía para Lidia el interminable paseo á través de la antigua localidad, y las paradas en el mercado, donde la Sra. de Fénigan se empeñaba en reconocer las legumbres y frutas de su huerta.

— Mire V. y diga si no son nuestros melones.... ¡ Y esas berenjenas ! ¡ No las hay más que en Granburgo y en casa !... Estoy segura de que todo es robado.

Y repetía la historia sempiterna de los cestos que le pasaban por delante llenos de fruta y que no obstante su vigilancia saltaban por encima de las paredes de la quinta. Afortunadamente la muchacha tenía para distraerse, durante la ida y el regreso, los recuerdos que recogía en el camino mientras daban las ruedas esas vueltas que no la cansaban nunca. Veíase pequeñuela, corriendo en el polvo con su esclavina, el sombrero de cintas azules, y cuando el coche pasaba por la calle principal de Soisy, la huérfana sentía siempre el mismo

escalofrío de vanidoso regocijo en pasar debajo de las ventanas de su antiguo convento.

Por la noche después de comer se iban al salón, donde Ricardo jugaba como en otro tiempo al ajedrez con su madre; pero el piano de Lidia lo distraía á menudo. Aquel salvaje tenía casualmente pasión por la música, y como nunca había oído tocar sino á la mujer que adoraba, estos dos arrebatos se confundían en uno solo que lo volvía loco. Á cada momento iba su mirada desde el tablero al delicado perfil de la pianista y al movimiento de sus largas manos, más blancas que las teclas; y cuando un gesto, un llamamiento de celosa impaciencia lo volvía al juego, impulsaba distraídamente las piezas, acompañando con su voz profunda y torpe los bajos de la sonata que tocaba Lidia.. pum... pum... pum...

— Cállate Ricardo, gritaba su madre, me atacas lo nervios.

Pero ¡cuántas veces repetía sus « pum, pum » hasta la hora de acostarse, las diez, el inflexible cubre fuego del castillo!

Esta era otra obligación á que el joven matrimonio no se resignaba sin dificultad. Hubiérale gustado tanto pasearse en el caminito bañado por la luna, ó en los bosques, entre los plantíos de abedules que la luz convierte en plateados fan-

plateados fantasmas. Pero no, todas las puertas y rejas estaban cerradas, todas las llaves colgaban en la cabecera del lecho de la señora; y cuando Ricardo y su mujer se entretenían en pasear por el parque, dos enormes perros de guardia, Atos y Portos, ladraban tanto y tan fuerte que Ricardo y Lidia preferían volver á su cuarto.

Una de las ventanas de su pabellón, la del tocador, miraba á las llanuras de Villeneuve-Saint-Georges, en la dirección de París, cuyo sitio estaba marcado en el aire por un enorme halo de luz cenicienta. Todas las noches pasaba Lidia largo rato, magnetizada por el lejano y llamativo resplandor. Oh, aquel París, tan cerca de ella, siete, ocho leguas no más y á donde nunca la llevaban. He aquí otra de las tiranías de la Sra. de Fénigan. « ¿ Qué iría V. á hacer en París, querida niña, le decía? ¿ Acaso voy yo? ¿ Iba por ventura mi hijo antes de casarse? La joven no contestaba, y ya ni siquiera sentía ira ante aquella autocracia que la privaba de todos los placeres que hubieran deseado sus pocos años y su buena salud. Pero Ricardo hubiera debido temblar ante las miradas que su mujer dirigía hacia aquel volcánico resplandor, durante las melancólicas estancias en la ventana abierta.

Sin embargo, una vez cedió en sus manías la

Sra. de Fénigan á instancia de sus vecinos de Granburgo. Los Alcántara, que eran propietarios de la caza en el bosque de Senard, á lo largo del cual se extiende la aldea de Uzelles, no dejaban nunca de invitar el día de apertura á Ricardo, excelente tirador, que conocía el bosque tan bien como un cazador en vedado. Bastábale al joven atravesar su parque y abrir su verja para estar antes que nadie en el lugar de la cita. El año que siguió al casamiento de Lidia, la mañana de la inauguración, el general y sus convidados divisaron á Fénigan, que los esperaba en compañía de un elegante cazador vestido de terciopelo azul, con sus polainas y un sombrero tirolés sobre una masa de cabellos finos cenicientos.

— Mi mujer... general, dijo Ricardo presentándola.

Lidia estaba tan deliciosamente hermosa, tan graciosa y esbelta, que el general no se separó de ella durante toda la cacería y la hizo sentar á su lado mientras almorzaban en el bosque; y después, cuando se despidieron, insistió mucho para que Ricardo llevara á Granburgo su mujer. La madre se opuso á semejante visita. Desde la muerte del notario las dos casas no se trataban; el general estaba casado con la hija única del barón Silva, ricobanquero de Viena, cuya enorme

dote llegó á punto para salvar Granburgo y librar de la ruina á aquellos pródigos De Auvernia, perdidos y jugadores de padre á hijo. La orgullosa austriaca encontraba á los Fénigan demasiado poca cosa para ella, « sobre todo desde el casamiento de Ricardo », añadía la madre, que nunca perdonaba ocasión de recordar los orígenes de su nuera, para poner coto á sus pujos de independencia.

De repente, en los primeros días del invierno llegó á la quinta de Uzelles una carta del general duque, invitando en nombre de su mujer á la suegra y los jóvenes esposos para pasar la velada en el palco de los De Auvernia en la Ópera, con motivo de un estreno anunciado para quince días más tarde. La Sra. de Fénigan, muy lisonjeada esta vez, aconsejó á sus hijos que aceptaran.

— Eso ya no es de mi edad, dijo, pero ustedes deben ir. Lidia, costeo su traje.

— Gracias, mamá, contestó encendida de contento la muchacha, que desde hacía mucho tiempo la llamaba Señora como los criados.

Durante quince días vivió en un encanto. Su vestido, encargado á una costurera de París, necesitó viajes y la presencia en la quinta de una oficiala de aspecto elegante, de facciones sopladas y marchitas por las noches de orgía, que se dormía al sentarse en las sillas como si hubiera

tenido atrasos irreparables de sueño. Esta problemática persona conocía á fondo la sociedad parisiense y contaba en las pruebas del vestido los secretos escandalosos de Granburgo, el general encaprichado de todas las mujeres, la duquesa que apenas tenía celos, pues sólo quería con pasión á su hijo y su dinero. Después de la costurera llegó el peluquero, y no el de Corbeil con que Lidia se había contentado para su matrimonio, sino uno de París, recomendado por la otra.

¡ Ah! cuando al cabo de tantos cuidados y trabajos se sentó junto al antepecho del inmenso palco, desnudos los brazos, con los hombros surgiendo de su traje de estilo Imperio, frente á aquella sala deslumbradora, ella, la pobre hospiciiana que hasta los veinticuatro años no había visto nunca un teatro, fué una impresión incomparable, una locura de todo su sistema nervioso. Sus ojos le hacían daño á fuerza de sentirlos brillantes y suspensos de lo que veían. La ópera, el canto de un tenor regordete, estrecho en sus gregüescos y de gesto pobre, las voces de la orquesta que se hinchaban ó disminuían en sonora marea, todo se perdía para Lidia en los latidos de su corazón y de sus sienes. Ni siquiera oía el impertinente saludo de la duquesa, pequeña austriaca de tez pecosa y pelo amarillento, perfil

acarnerado y cuello demasiado largo, que rodeaban tres hilos de perlas, las más gruesas que la huérfana había visto hasta entonces.

De pronto salió de ese incierto vaivén en que flotaba como una de las medusas cuyos reflejos se apagan fuera del agua. El general, colocado detrás de ella, había rozado ya varias veces con las gudejas rubias de sus largos bigotes los lindos hombros de su vecina, cuando se inclinaba para mirar fuera del palco; pero luego sintió cogida su mano, que apretaba un guante de hierro y de fuego.

Otendida al principio, trató de soltarse, mas el guante resistía, manteniendo la manecilla suave, ya al fin sin fuerzas contra aquel apretón ardiente y brutal. Lidia se abandonó « ¡ Qué audacia, como me aprieta, como me quema!.. Pero van á vernos... la duquesa... mi marido!.. » Y lo que mayor espanto le causaba era la tranquila impudencia del general que hablaba de cosas indiferentes. Por primera vez se manifestó ante su vista la hipocresía mundana, sublevando los escrúpulos de su naturaleza leal todavía. ¿ Por qué, á la primera señal de la duquesa que se levantó mucho antes de terminar la función, diciendo « me aburro, vámonos », por qué el duque se puso inmediatamente en pie á mitad del acto, dejando atónita é

29906

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

irritada la mano, que soltó con la misma desfachatez que tuvo al cogerla? « ¡ Ah, bueno.... que vuelva el Sr. Duque de Alcántara á machucarme los dedos toda una primanoche.... verá como le recibo! » Y en el ruido de los coros y de la orquesta, sola con Ricardo aletargado en el fondo del palco, Lidia se exaltaba, combinando la dura contestación que daría al general, pues pensaba con razón que no se pararía á mitad del camino.

Al subir en el coche para marcharse, Lidia, muy excitada, muy nerviosa por efecto de su aventura — sin duda también de la concurrencia, las luces eléctricas y la animación de una velada parisiense á la salida de los teatros, — dijo á su marido: « ¿ Si fuéramos á cenar? » Él la miró, estupefacto. ¿ De donde podía venirle semejante idea? ¿ Y su tren, el único tren de las doce y cincuenta que debían tomar en la estación de Lyon,.... si apenas quedaba tiempo..? « Al diablo el tren, replicó ella... dormiremos en la fonda. » En el mismo instante le echó al cuello sus brazos, tan cariñosos, y le dió en la boca un beso de sabor tan desconocido, que el pobre marido le ahorró el « ¿ qué dirá mamá? » esperado, pues contestó sencillamente: « Vamos á cenar. »

Á fin de que todo fuera imprevisto aquella noche para la joven, su compañero, tímido por

costumbre hasta el punto de no atreverse á entrar solo en una tienda, ni hablar con un dependiente, estuvo asombroso de soltura y alegría, tuteando á los mozos, sirviendo á torrentes el champagne, un marido que Lidia no había conocido hasta entonces, que jamás volvería á ver, decidior, expansivo, jurando que volverían á repetir todos los meses aquella jarana y que si su madre se oponía, la mandarían á ocuparse de su jardín, sin pelillos en la lengua. Á las dos de la mañana, el matrimonio vagaba en un coche buscando alojamiento por las calles inundadas de agua que las convertía en espejos. Varios hoteles se lo negaron, tomándolos por un casar sospechoso, lo cual les hacía reir mucho. Al fin encallaron en uno, donde les dieron un inmenso cuarto, cuyo piso de ladrillos sin color y alfombra sin pelo dejó en su memoria inolvidable recuerdo. Cuando Lidia se encontró, una vez retirado el vestido, casi desnuda en aquella habitación sin fuego, dijo « tengo frío » y subía las sábanas; pero éstas volvían á caer. Ricardo empezó por atarle las tohallas en torno de los brazos y sobre los hombros á manera de camisa de noche; pero nada le gustaba, por ser todo demasiado áspero para su delicado cutis. Así es que reía dando pequeños gritos: « Eso me raspa... eso me raspa... » Entonces él acabó por

comprender y quitando todo, sábanas, tohallas, encajes, la cogió con furia con los dos brazos, como nunca se había atrevido á hacerlo por tierno respeto y temor apasionado. Y fué su primera noche de amantes.

Pero al día siguiente, regreso á la quinta. Los criados se hablaban bajo, con el rostro consternado. La Señora estaba en cama, enferma, después de esperar hasta la mañana. En ocho días no bajó al salón y si bien perdonó á Ricardo su aventura, no hubo reconciliación entre ella y su nuera. Sin embargo, ésta se atrevió á recordar una ó dos veces á su marido la promesa de volver á las andadas; pero el pobre mozo tomaba aires tales de consternación para murmurar « sería la muerte de mamá », que, por lástima á su debilidad y también por desprecio, la joven renunció á su expedición como al marido brillante, enamorado, lleno de audacia y de voluntad que tuvo en sus brazos una noche, solo una.

No volvió á saberse del general ni de sus aventuras galantes. Ni carta ni visita; y la idea de que aquel soldadote de grandes ojos claros y pómulos violáceos se había divertido con ella toda una velada sin creer que mereciera más, parecía á Lidia tan ofensiva que hubiera querido vengarse ó poderlo decir. ¿ Pero qué hacer con un bobalicón

de marido como el suyo? Un desengaño más que añadir á los otros, en medio de tantos recuerdos amillantes ó tristes, con el vestido de la gran costurera doblado en el fondo de una caja, aquel vestido de teatro que no volvió á ponerse y que no quería ni mirar, pues le daba pena.

— ¿ La señora no sabe la desgracia que ha ocurrido en Granburgo? le preguntó Rosa una noche que la descalzaba.

El general, que había estado muy enfermo de resultas de una caída de caballo que no se divulgó, acababa de ser transportado á su quinta completamente paralizado. Rosa lo supo por el Sr. Alejandro, antiguo despensero de Granburgo, que vivía de sus rentas en la aldea de Uzelles y que, muy cuidado y muy planchado, volvía locas, no obstante su edad y sus patillas teñidas, á todas las chicas del país. Ante esta lúgubre noticia que explicaba todo, Lidia no tuvo ya sino piedad para el héroe castigado en su orgullo y en su fuerza, en pleno vuelo de gloria y de ambición.

Un día que exploraban el bosque ella y su marido, encontraron en un camino estrecho, donde apenas había ancho para sus ruedas, un coche medio cerrado en que parecía soñar un anciano alto, enteramente cano, absorto, al lado de un joven con anteojos y de larga cabellera

3.